

—¿Y cómo?

—Muy fácilmente, yo sé que esta casa tiene una puerta que da á la acequia.

—Es verdad.

—Por ahí podría entrar un amante á quien tú de veras quisieras de todo corazon.

—Alma mia, no se puede.

—Porque tú no quieres, ingrata.

—No por eso, luz de mis ojos; no por eso, no me culpes yo soy capaz de hacer por tí cuanto hay, pero esa puerta tiene llave y esa llave la guarda mi padre.

—Yo no te pido imposibles, saca con cera la forma de la cerradura, dame ese molde y yo te traeré la llave.

—Lo haré; verás como no tienes razon de quejarte.

—¿Y cuándo?

—Mañana mismo.

—Ahora sí creo que me amas; adios.

—Hasta mañana; no faltes.

—No, adios.

#### IV.

De lo que pasó en México el viérnes 21 de Mayo de 1683, y de cómo los franceses pusieron en movimiento á toda la ciudad.

**E**N una de las calles del Reloj habia por aquella época una casa que sin ser muy notable por la grandeza y elegancia de su arquitectura, llamaba la atencion por la limpieza y cuidado que desde la fachada podia notarse.

En aquella casa vivia D. Lope de Montemayor, hombre acandalado, personaje distinguido y uno de los mejicanos mas nobles y mas considerados en la ciudad.

D. Lope vivia solo; sus padres habian muerto hacia algunos años, dejándolo como hijo único, dueño de una gran fortuna.

Montemayor tendria treinta y cinco años, revelaba vigor y juventud en su aspecto, no mas que sus amigos habian notado que en los últimos años su carácter habia cambiado, y en vez de buscar como antes la compañía y las diversiones, pasaba los dias encerrado en su estancia leyendo ó daba largos paseos á caballo por los alrededores de la ciudad.

Se creyó que alguna pasión oculta motivaba aquel cambio, pero como no se pudo averiguar nada; pronto los ociosos dejaron de ocuparse de su persona.

En la mañana del día 21 de Mayo de 1683, D. Lope conversaba en uno de los aposentos de su casa con un eclesiástico.

Era éste un hombre ya de avanzada edad, y desde luego se conocía que era un amigo de mucha confianza en aquella casa.

—Creo que no debe hacerse nada por ahora—decía D. Lope—hasta que llegue á esta corte el marqués de San Vicente.

—No estoy conforme con vuesa merced—contestó el padre—la llegada del marqués puede infundir serias alarmas en la audiencia y ponernos muy grandes dificultades; los oidores no son de nuestro partido y quizá trastornen nuestros planes.

—Desearia oír en esto la importante opinion de D. Gonzalo de Casaus, que debe llegar dentro de un momento.

—Y verá vuesa merced como es de mi misma opinion.

En este instante llamaron á la puerta y D. Lope se adelantó á abrir.

Un viejo, vestido de terciopelo negro, con espadín al cinto y capa corta, se presentó en la estancia haciendo un saludo halagüeño.

—Bienvenido sea el señor D. Gonzalo de Casaus, caballero y familiar del Santo Oficio—dijo el padre—que en estos momentos le necesitamos con urgencia.

—Mandarme puede el reverendo padre Lozada: ¿en qué puedo servir?

—Trátase solo de nombrar á vuesa merced—dijo el pa-

dre Lozada—juez en una cuestion, en la que la juventud aconsejaba la calma, y la vejez predicaba el arrojo.

—Escucharé á vuestas mercedes para fallar—dijo D. Gonzalo sentándose.

—Es el caso—continuó el padre—que como vuesa merced sabe, nuestros trabajos están muy adelantados; contamos con dinero, con armas, con muchos y buenos partidarios; los navíos franceses y holandeses con buena jente de desembarco están ya á inmediaciones de la Veracruz; D. Lope ha recibido carta de la reina nuestra señora D<sup>a</sup> Ana de Austria, en que culpa nuestra negligencia; creo que es llegado el momento de dar el grito, sin esperar la llegada del señor marqués de San Vicente, que segun sabe vuesa merced viene en comision de Su Majestad la reina.

—Y yo opino—dijo D. Lope—que preciso se hace esperar al marqués, porque él debe decirnos si la nao de Filipinas debe traer á Nueva-España á D. Fernando de Valenzuela ó si él viene en algun otro navío.

—En efecto—replicó D. Gonzalo—prudente seria esperar la llegada del marqués, para ver lo que dice S. M. D<sup>a</sup> María Ana de Austria.

—Y entre tanto—contestó D. Lope—puede descubrirse algo.

—¿No está de acuerdo, el virey?—preguntó D. Gonzalo.

—Sí que lo está, segun me escribe el marqués de San Vicente—contestó el padre—pero la audiencia pudiera muy bien causar un trastorno y dar con el mismo virey en tierra, que desde el tumulto contra el virey marqués de Gelves, la audiencia se cree mas que el virey mismo.

—Tiene razon vuestra merced, y opino—dijo D. Gon-

zalo—que si es posible esta misma noche se haga todo: ¿está todo listo?

—Sí—dijo D. Lope—y si lo creéis prudente se hará, que solo falta avisar el día y hablar á D. Guillen, que cuenta con mucha jente de armas.

—Pues no perdais el tiempo, porque un accidente cualquiera puede causar un trastorno—replicó D. Gonzalo.

—Previendo eso he enviado á decir á D. Guillen que le aguardo aquí—contestó el padre Lozada—y no tardará: esta noche debe darse el golpe, procediéndose ante todo á la prision de los oidores: en las provincias nos secundarán luego, porque tenemos por todas partes amigos y partidarios: el virey, segun lo que S. M. D<sup>a</sup> María Ana de Austria nos dice, debe ayudarnos y continuar en el gobierno mientras llega el Sr. D. Fernando de Valenzuela, que tomará la rejencia del reino hasta que venga S. M.

—Entretanto mi único temor es que lleguen tropas de España—dijo D. Gonzalo.

—Ese caso está previsto, porque las naves francesas enviadas por la reina custodiarán la entrada del puerto y no entrarán las de España.

—Perfectamente: yo fundo mi esperanza en que los agentes de S. M. han trabajado con tezon, y que el dinero no falta hasta hoy—dijo D. Gonzalo.

—Ni faltará—agregó D. Lope.

Un lacayo anunció á este tiempo que un caballero deseaba hablar con el padre Lozada.

—Voy con permiso de vuestras mercedes—dijo el padre, y salió de la estancia.

En la antesala esperaba un personaje conocido ya, era el Señorito.

El padre Lozada saludó, y el recién llegado contestó ceremoniosamente.

—Supongo—le dijo el padre—que sabreis el objeto con que os he hecho llamar.

—Sí, señor.

—Bien, pues se trata de dar esta noche el grito, “México por D<sup>a</sup> María Ana de Austria.”

—De todo estoy informado.

—Y para eso se hace necesario contar con el mayor número posible de jente, y tengo noticia de que vos teneis mucho ascendiente en la plebe.

—Un tanto, padre.

—¿Y podemos contar con vos?

—Creo que habrán dicho á vuestra merced que sí, que puede contarse conmigo á vida y muerte.

—¿Entonces, estais listo?

—Listo.

—¿Qué os falta?

—Dinero.

—Esta tarde le tendreis; ocurrid al Colejio de San Gregorio y preguntad por el padre procurador.

—¿Es vuestra merced?

—Sí

—Pues no faltará: adios.

Separóse D. Guillen y el padre Lozada volvió á entrar á donde le esperaban D. Lope y su compañero.

—La suerte está echada—esclamó luego que estuvo dentro—esta noche.

—Si Dios lo permite—interrumpió D. Lope.

En este momento subió de la calle un rumor sordo como el que produce el mar encrespado.

—Algo extraño pasa en la calle—esclamó el padre lanzándose al balcon.

—En efecto—dijo D. Lope siguiéndole.

La calle del Reloj presentaba un aspecto extraño.

De la plaza mayor venia una gran multitud de jente, que hablaba, que gritaba, que corría, que se detenía, que ondulaba.

Hombres, mujeres, muchachos, todos parecían ajitados, todos se daban, al parecer, noticias unos á los otros de algun grave acontecimiento: solo vagamente se podia apercibir en medio de aquella confusion, que la multitud repetía:

—Los franceses! los franceses!

—Esto es grave—dijo D. Lope—preciso será salir para averiguar lo que todo esto significa.

—Mala idea me da; que me ha parecido que hablaban de franceses.

—Quizá háyase descubierto alguna cosa.

—No hay que perder tiempo.

—Vamos á ver.

Y sin ninguna clase de ceremonia, los tres tomaron sus sombreros y se salieron á la calle.

He aquí la causa de aquel repentino tumulto.

D. Tomás Antonio Manrique de la Cerda, marqués de la Laguna y virey entonces de la Nueva España, acababa de recibir tres correos que le anunciaban que los corsarios franceses é ingleses habian desembarcado en Veracruz la Vieja y se dirijian á la Nueva Veracruz.

La noticia de aquel acontecimiento se difundió en la ciudad como por encanto, y el terror se apoderó de todos sus habitantes.

El solo nombre de los piratas infundia pavor á muy largas distancias.

Las hazañas de aquellos hombres resonaban por todas partes, y hacia ya algunos años que ni la España ni las Indias, como se llamaban entonces las colonias españolas, tenían seguro su comercio en el golfo de México.

Lelonois, Pierre le Grand, Mansvelt, Juan Morgan, Juan Darien, y en aquellos momentos el inglés Nicolás Agramont, y el mulato Lorencillo, como jefes de los piratas habian sembrado el horror y la desolacion en todas las costas.

La historia de la toma de la Isla de la Tortuga, Puerto-Principe, de Porto-Belo, de Maracaibo y de otra multitud de ciudades y plazas de las islas y tierra firme, era sabida ya por todos.

Los piratas se consideraban como demonios para quienes la distancia, el tiempo y la resistencia eran inútiles.

De aquí aquel grande alboroto: todos creían que en pos de los correos llegaban los enemigos: la alarma cundió en el mercado, y todos los que allí estaban echaron á huir figurándose ya que los piratas entraban por las garitas de la ciudad.

La dama misteriosa parecía afectarse muy poco de cuanto pasaba en el mundo.

Sin embargo, aquella misma noche, poco después del toque de ánimas, un hombre llamaba á la puerta de la casa, le abrían y penetraba en ella con gran confianza.

Aquel hombre que así entraba era D. Lope de Montemayor.

D. Lope subió la escalera y se dirigió á una estancia que estaba frente á la entrada.

En aquella estancia, sencillamente amueblada con sitiales tapizados de damasco azul, esperaba ya su visita una mujer.

Era una dama como de treinta años, escesivamente pálida, con los ojos brillantes pero hundidos y rodeados de un círculo azulado: podía decirse de aquella mujer que era el tipo de una matrona, pero tan bella y tan interesante que difícilmente podría un hombre verla sin sentirse fascinado.

Sus negras tocas hacían resaltar lo pálido de su rostro y el brillo ardiente de sus ojos.

—Señora—dijo D. Lope besando respetuosamente la mano que le tendía la dama—¡cuán inquieto estaba por venir á preguntaros si os habíais asustado con el tumulto de esta mañana!

—Gracias D. Lope—contestó la dama—no hay ya nada en la tierra que pueda asustarme, porque hace ya muchos años que espero la muerte como un consuelo, como un consuelo que me ha negado el único que puede dármele....

—¡Siempre tan triste, D<sup>a</sup> Laura....!

—Siempre, D. Lope: paso mi vida como la sombra de una nube sobre la tierra; soy como un recuerdo escrito en

## V.

En el que D. Lope de Montemayor confiesa que es imposible vencer á un hombre muerto y muy posible quedar vencido por una mujer viva.

**F**RENTE por frente de la casa de D. Lope había una casa pequeña que permanecía cerrada casi todo el día.

Al aspecto alegre y risueño de la casa de D. Lope correspondía la de enfrente con un cierto aire de tristeza y de misterio.

De luego á luego se conocía que esta última casa estaba habitada, porque de noche se advertía luz al través de sus balcones, pero solo de noche se abrían y se notaba que alguien se asomaba.

En las noches de luna podía distinguirse que era una mujer vestida de negro.

Siempre sola, aquella dama no tenía ni un galán que pasara su calle, ni se escuchó nunca la música de una serenata al pié de sus balcones.

El día de la gran alarma de la ciudad nadie hubo que se asomara en aquella casa para ver lo que acontecía, á pesar de que todos los vecinos estaban en sus ventanas.

una roca; nada para el presente, nada para el porvenir; el recuerdo, el ayer, el pasado; vivo como vive un nombre, solo en la memoria. Nada deseo, nada temo; como una flor de mármol, sin aroma, sin color; porque para mí ni es alegría el sol, ni tristeza la sombra, ni el viento de la ilusión me agita, ni el rocío de la esperanza me baña. Dios es mi consuelo, la muerte mi descanso. A fuerza de sufrir he llegado á ser indiferente al dolor; á fuerza de llorar, mis ojos estan enjutos. Soy la sombra de la que fué, soy una alma perdida sobre la tierra.

—Razon teneis, señora. El cielo ha sido muy cruel con vos, y con migo tambien.

—D. Lope, no insulteis á la Providencia; ¿desgraciado vos? ¿vos que apenas habeis probado de la copa de la amargura? podeis llamaros infeliz delante de mí que he regado el camino de mi existencia con llanto de sangre?

—D<sup>a</sup> Laura, conozco vuestra historia, porque mil veces con las lágrimas en los ojos la he escuchado, mientras vos me la referíais con la serenidad de vuestra alma grande; pero decidme señora, ¿vos amais un imposible, vos amais el recuerdo de D. José de Mallades? y yo que os amo á vos, señora, ¿no amo tambien otro imposible? ¿no soy tan desgraciado como vos? decidme, señora.

—Hay entre esos dos amores una distancia inmensa, D. Lope: si me amais como decís, vos no tendreis nunca mi amor, pero teneis siquiera mi amistad.

—¿Vuestra amistad, D<sup>a</sup> Laura? ¿vuestra amistad? ¿y creéis, señora, que eso sea bastante para satisfacer este amor inmenso que me abrasa, que me consume? ¿vuestra amistad? ¿acaso no es este un nuevo y mayor tormento, una gota de agua para apagar un incendio que necesita un

océano, un instante de dicha en medio de una eternidad de tormentos. . . .

—Sí, es un consuelo inmenso, D. Lope, porque vos no conoceis aún lo que es el verdadero amor: ¿decidme qué pensaríais vos si os separara de mí la eternidad? ¡oh! mil vidas diera yo por ver un solo instante á Mallades; mil vidas por oir una sola palabra de su boca, aunque me aborreciera, aunque me despreciara, aunque amara á otra mujer, ¿lo oís? aunque de lejos siquiera alcanzara á ver, no á él, D. Lope, no á él, á su sombra que se dibujara sobre una de las paredes de mi estancia; á oir siquiera el ruido de sus pisadas; pero que yo supiera que vivia, que yo pudiera adorarle vivo, aunque no fuera yo tan dichosa que me concediera su amistad. . . . D. Lope, ¿qué es vuestra desgracia junto á mi desgracia? qué es vuestro dolor junto á mi dolor? qué es vuestro amor junto al amor de mi corazón? decid. . . .

—Decís bien, señora, decís bien. ¡Oh! soy un ingrato con Dios, porque es verdad que amo un imposible, pero en cambio, D<sup>a</sup> Laura, os veo, os oigo; vivo enfrente de vos; vengo á respirar el aire que respirais; puedo tocar vuestra mano; puedo besar la tierra que vais hollando; puedo en fin amaros, adoraros; y lo que es mas, confesaros y repetiros este amor, y esto es para mí una felicidad suprema: soy un loco, un insensato, porque yo no os amo porque vos me ameis; porque este amor ha llegado á ser tan grande, tan inmenso que cuando lo considero á mis solas, conozco que me llena el alma, que me la embarga, y siento que es un amor que se basta á sí solo, sin necesidad de buscar la correspondencia.

—Os compadezco, D. Lope: tambien vos debeis sufrir.

—No, D<sup>a</sup> Laura, no me compadezcáis, porque este amor es mi dicha, porque sin él moriría; si sufro por él, este sufrimiento es mi gloria, pero en cambio de ese sufrimiento, él me alienta, me vivifica, me rejenera: ¿creeis, señora, que las flores aman al sol? y acaso nunca el sol comprende ese amor; y sin embargo, por el sol viven las flores, por él perfuman el ambiente, por él abren su cáliz, y cuando él falta languidecen y mueren. . . . no me ameís, D<sup>a</sup> Laura, porque así os puedo probar mejor lo ardiente y lo desinteresado de mi cariño: solo el pensar que podríais amarme, me daría la muerte; sería un placer que haría estallar mi corazón, que no resistiría mi alma. . . .

Reinó el silencio por un momento; D<sup>a</sup> Laura con la vista clavada en el suelo y D. Lope contemplándola con ternura.

—Señora—dijo al fin—hay una especie de placer en ese sufrimiento del corazón que ama sin esperanza y sin consuelo; hay un goce punzante en ese martirio que viene á constituirse como una parte de nuestro sér; amor escento de tempestades, ó mas bien, tempestad eterna; amor que ni aún en lontananza contempla el hastío, que se llega á tornar en relijion, que purifica el afecto hasta el idealismo. . . .

—Os comprendo, D. Lope, porque yo tambien conozco que no podría vivir sin este dolor que despedaza mi pecho, porque siento ya que soy un espíritu que ama y que existe en otro espíritu.

D<sup>a</sup> Laura y D. Lope volvieron á quedar en silencio por un largo rato.

—¿Sabeis qué he hecho esta tarde?—dijo repentinamente la dama cambiando de tono.

—¿Qué, señora?

—Leer los versos que me envió D. Fernando de Valenzuela desde Acapulco.

—¿Tanto os agradan?

—Sí; D. Fernando de Valenzuela era íntimo amigo de D. José de Mallades, como yo lo era de D<sup>a</sup> Eujenia; creo haberos contado ya esa historia.

—Sí, señora.

—D. Fernando y aun la misma reina, estoy segura de que no tuvieron parte en la desgracia de D. José; hoy D. Fernando es muy desgraciado; la desgracia es un vínculo que estrecha las viejas amistades y que forma las nuevas. En los versos de D. Fernando hay tanta resignacion, tanta ternura! ¿quereis oirlos?

—¿Cómo no?

D<sup>a</sup> Laura se levantó, abrió una pequeña gaveta y sacó un papel.

Las personas que han sufrido mucho tienen á veces consuelo en cosas en que los que no están en esa situacion apenas hallarian motivo de distraerse.

Debe ser porque la desgracia purifica el corazón y le vuelve la inocencia de los primeros años.

El Hijo de Dios contó entre los bienaventurados á los que sufren.

Contó entre las venturas de la vida el llanto.

Sublime y divina paradoja que necesita sentirse y no reflexionarse.

Porque esa dulzura infinita del consuelo solo puede sentirla el que padece, porque, como el agua de la fuente purísima, solo puede deleitar al que llega abrasado por la sed y el que no la sufre pasa con indiferencia á su lado sin comprender ni sentir el placer de acercarse á ella sus labios.

D<sup>a</sup> Laura se llegó á una bujía, y comenzó á leer. D. Lope la contemplaba extasiado.

—No os leeré todas las endechas para no fatigaros, pero oid....

Peregrinando tierras,\*  
Surcando mares negros;  
Vientos examinando,  
De ardientes climas registrando el fuego;  
Del uno al otro polo  
Camino, y solo puedo  
Estrañar los rigores  
Del polo que me mira en este puerto.

Mas ni aquesto me turba,  
Porque el noble, á despecho  
De villanas injurias,  
No se deja vencer de lo grosero.

¿Quién se pudo librar  
De las manos del tiempo?  
Ejemplos tuve muchos  
Y para muchos serviré de ejemplo.

¿De todo cuanto pude  
Qué poco agora puedo!  
Que se deshace fácil  
Poder fundado en el poder ajeno.

Si escándalo juzgaron  
Mis lúcidos empleos  
Apagadas mis luces  
Hoy estudian en mí los escarmientos.

Pero nada aprovecha  
A la ambicion, pues vemos  
Que en las ruinas mismas  
Al corazon levantan mas soberbio.

Pirámides de Egipto,  
Del Líbano los cedros,  
Los unos y los otros  
Cenizas y ruinas perecieron.

La inconstante fortuna  
En no ser fija ha puesto

\* Pongo estas endechas por ser orijinales de D. Fernando de Valenzuela.  
(Nota del autor).

Su grandeza, librando  
En las mudanzas su mayor trofeo.  
Yo no la espero nunca,  
Porque constante espero  
Triunfar de lo caduco  
Y vivir inmortal para lo eterno.

—¡Pobre Valenzuela!—esclamó tristemente D. Lope cuando D<sup>a</sup> Laura concluyó la lectura.

—Es muy desgraciado tambien, y tiene ese vínculo con nosotros.

—Pero siquiera él, señora, tiene alguna esperanza en el porvenir.....

—¿Pensais que se logre vuestro plan?

—Estoy casi seguro, D<sup>a</sup> Laura; esta noche debió haberse dado el golpe, pero las noticias de los piratas llegaron al virey y trastornaron nuestra combinacion, porque S. E. mandó esta tarde que en el término de dos horas se reuniesen todos los hombres capaces de llevar las armas, desde los que tienen quince años hasta los que tienen sesenta; esto hizo imposible todo intento.

—Pero, ¿no desistís?

—No, señora.

—Dios os ayude, D. Lope; aunque no puedo corresponder vuestro amor, os tengo el cariño de una hermana, y todos los dias pido á Nuestro Señor que os ampare y os proteja.

—¿Pedís á Dios por mí, D<sup>a</sup> Laura?

—Todas las mañanas y todas las noches.

—¿Y si muriera yo en esta noche?

—Lloraria por vos y rezaria por vuestra alma.

—Ah! señora, qué suprema felicidad, ¡ojalá y muriera yo hoy mismo!

—Y no sentiríais dejarme sola sobre la tierra, cuando

sois mi único amigo, cuando sois mi hermano?—dijo con un acento de profunda ternura y de melancolía D<sup>a</sup> Laura.

—Señora, procuraré vivir por vos y para vos.

—Así os quiero, bueno y resignado.

La jóven tendió su pálida mano á D. Lope y él la llevó á sus labios con una especie de veneracion.

Pocos momentos despues se despidió y salió de la casa meditabundo.

—Es imposible que pueda yo amarla mas—decia D. Lope en la calle.

Y D<sup>a</sup> Laura pensaba en su aposento:

—Si yo fuera capaz de amar, le amaria....

## VI.

De lo que respecto al marqués de San Vicente, mariscal de campo y castellano de Acapulco, pensaban y decian en México.



**N**UNCIOSE en México por principios del mes de Mayo, que habia llegado á Veracruz el señor marqués de San Vicente, mariscal de campo y castellano de Acapulco.

Atribuyéronle algunos, cargo de visitador del reino de Nueva-España, y á pesar de que todos los ánimos estaban inquietos con la aparicion de los piratas en las costas, la nueva de la llegada del marqués de San Vicente preocupó altamente al virey marqués de la Laguna, á la audiencia, á los principales señores y á la multitud en jeneral.

Desde que á tratar se comenzó de la venida de aquel personaje, observarse pudo que por parte de muchos señores se ponía particular empeño en enzalsarle; que por parte de la audiencia se desconfiaba estraordinariamente de él, y que el virey permanecia en una especie de neutralidad misteriosa, procurando no tomar parte en pró ni en contra del marqués de San Vicente.

En esta incertidumbre, el marqués salió de Veracruz y se dirigió á México.

Como si aquel solo hombre constituyera por sí solo un ejército enemigo capaz de trastornar el reino, y como si de su sola voluntad estuviesen pendientes los destinos de las colonias, así se produjo en la ciudad una extraordinaria agitación con motivo de su viaje.

Los oidores y todos los de su partido pretendían que supuesto que el marqués de San Vicente no había enviado sus papeles, debía procederse inmediatamente á su aprehension para impedir que se fuese á causar un trastorno en los dominios de S. M.

Los partidarios y defensores del de San Vicente, por el contrario, sostenían que pues con tanta franqueza se internaba el marqués, en orden debía traer sus papeles y nombramientos, que de no ser así, recatado se habría, y concluían diciendo que el de San Vicente necesitaba ser tratado con todas las consideraciones y respetos dignos de su elevado carácter.

Naturalmente el centro á donde venían á chocar todas las exigencias y todas las fuerzas puestas en juego, era el virey, que procuraba en vano dejar desapercibidas estas voces, porque unos y otros acudían á palacio diariamente y á todas horas á suplicarle, á urjirle y hasta amenazarle con Su Majestad.

Contábanse entre los mas exaltados perseguidores del marqués de San Vicente, los oidores D. Frutos Delgado y D. Martin de Solís.

Los dos se presentaron al virey una mañana, la víspera de la llegada de los correos que anunciaron el desembarque de los piratas en Veracruz.

El virey se encerró con ellos en una estancia.

—Quizá—dijo D. Frutos—molestará ya á S. E. nuestra constante solicitud en el asunto del tan mentado marqués de San Vicente, pero séanos suficiente disculpa el celo que nos guía por el buen servicio de S. M. y por la paz y tranquilidad de estos reinos.

—De ninguna manera puede su señoría.—contestó el virey—molestar atención que merece y muy cumplida, siempre y principalmente en los negocios que atañen al real servicio; ¿qué tiene que decirme vuestra señoría?

—Mi compañero el Lie. D. Martin de Solís y yo—continuó D. Frutos—hemos sabido que avanza en su camino para la ciudad el susodicho marqués de San Vicente, y veníamos á suplicar á V. E. que se tomara en tan grave negocio, una como se requiere grave providencia.

—Supuesto que lo exigen así—agregó D. Martin—el sagrado deber en que está vuecencia de velar por la paz de los dominios del rey nuestro señor (Q. D. G.) y el que á nosotros nos impone nuestro oficio de ayudar á V. E. en tan delicada misión.

—A fé mia, señores—contestó el virey—que en este negocio pienso lo mismo que ya otras veces he manifestado á sus señorías, esto es, que no veo razón para tener como negocio de gran importancia la venida de un hombre desconocido á estos reinos; que si misión le asiste de S. M., manifestará sus papeles que serán acatados y obedecidos como merecen, y si por el contrario, es un impostor, nada podrá hacer porque la justicia vela sobre él.

—¿Pero no cree V. E.—dijo D. Frutos—que es temeridad dejarle comunicarse con todas sus jentes y preparar así algun mal proyecto que indudablemente debe traer?

—¿Fia su señoría—contestó el virey—tan poco de la lealtad de los súbditos de S. M. en Nueva-España, que piense que un desconocido pueda causar un trastorno en tan pocos dias?

—Realmente—dijo D. Martin—es porque examinando las circunstancias todas de la llegada de ese personaje misterioso á Veracruz, llegado hemos hasta suponer que el tal mariscal de campo y castellano de Acapulco, es ó será emisario ó enviado de los piratas que infestan el Golfo, y trae, ó encargo de explorar el interior de la tierra firme y los medios de defensa con que contamos, ó mision de buscar cómplices y ponerse de acuerdo con algunos mal-querientes del gobierno de S. M. para intentar algo mas sério sobre las costas.

—No veo, en el caso de que tal sospecha tuviera fundamento—contestó el virey—el motivo por el cual ese hombre viniera llamando sobre sí la atencion y escitando la pública curiosidad con sus títulos y nombres supuestos, esponiéndose mas y mas á las miradas de la justicia, que si tal intencion que supone S. S., trajera, procurara venir oculto y sin hacer un vano alarde de su persona.

—A pesar de todo—dijo D. Frutos—creo que V. E. debiera proceder á la aprehension, siquiera para precaver un escándalo.

—El escándalo se daría—replicó el virey—aprehendiendo á un noble sin tener una prueba suficiente.

—Es que no hay razon para creer que el tal sea noble—contestó con exaltacion D. Martin.

—Ni tampoco—replicó con calma el virey—para decir que no lo sea.

—Vuecencia ha oido las presunciones que hay contra él.

—Mejor que presunciones diga S. S. las hablillas.

—Puede V. E. estar seguro de que es emisario de los piratas.

—De lo que debe estar seguro su señoría, es de que nada cierto se sabe respecto de esa persona.

—V. E. tiene la sagrada obligacion de castigar y de evitar los crímenes—dijo con vehemencia D. Martin.

—Es verdad—replicó el virey—pero no de inventarlos.

—Es que el de ese hombre no es una invencion, y mas tarde ó mas temprano quedará V. E. convencido de ello.

—Y entonces mas tarde ó mas temprano castigaráse el crimen, si mas tarde ó mas temprano le hay.

—V. E. hará en esto lo que mejor le parezca—dijo D. Frutos—pero nuestra conciencia queda tranquila con este paso.

—Pueden descansar sus señorías tranquilos en su conciencia, porque escucho el consejo, y tomaré la resolucion que crea oportuna llegado el caso.

Aquella conferencia no podia prolongarse mas por el punto á que habia llegado, y los oidores creyeron prudente retirarse.

El virey les acompañó hasta la puerta y allí se despidieron con muestras de mucha satisfaccion.

Pero en el fondo los oidores iban rabiosos.

Apenas los oidores salian de la cámara del virey cuando anunciaron á éste que deseaba hablarle D. Lope de Montemayor.

El virey pareció vacilar un momento, y despues de reflexionar un poco dió órden para que le dejasen entrar.

—¿Está solo V. E?—preguntó D. Lope.

—Solo—contestó el virey.

—¿En tal caso puedo hablar con confianza?

—Entera.

—Pues bien, señor, sabe ya V. E. que el marqués de San Vicente ha emprendido su marcha para esta ciudad.

—Lo sé, que ha poco salieron de aquí dos oidores que venían á pedirme le mandara aprehender.

—¿Y V. E. no accedió á su petición?

—Por supuesto, apesar de que con tal imprudencia camina el marqués que temo mucho me cause un conflicto con la audiencia.

—S. M. D<sup>a</sup> María Ana de Austria escribe que tiene recomendado al marqués muy particularmente con V. E.

—Si por eso no fuera, la conducta que observa el marqués le tendria ya en la cárcel.

—¿Qué desea V. E. que haga para evitarle un compromiso?

—Por ahora ya nada, que la prudencia debiera haberse buscado en el principio; hoy no haria mas que reagrar la situacion.

—Es verdad, señor.

—Pero temo que llegando á México sea necesario exigirle sus papeles.

—Estoy seguro de que los tiene en orden.

—¿Los tiene?

—Sí, señor.

—Pues por qué no los manifiesta?

—Quizá no conviene á la mision que trae, que como V. E. sabe, es doble.

El virey pareció turbarse.

—Tal no sé—contestó visiblemente contrariado.

—Pues la reina nos dice.....

—Dejad que S. M. diga lo que quiera, y obrad como ella os ordene ó como á vosotros os convenga, porque cuando digo que no sé, es decirlo que no quiero saber.

—La voluntad de V. E. debe ser muy respetable, pero en casos como el presente deseariamos conocerla.

—O sois muy niño para el papel que quereis representar, ó pretendeis disgustarme; que no sé nada os he dicho, y cuando estais cierto de que lo sé, creo haberos dicho ya mas de lo suficiente.

—Perdone V. E.

—Obrad, obrad con actividad, con discrecion y con sigilo: nada sabré nunca, pero haced de manera que no me pongais en un conflicto porque en ese caso tendré que arrostrar por todo: yo no quiero oponerme á lo que vosotros meditais pero tampoco consentiré en ser la víctima de vuestra imprudencia ó de vuestra torpeza: nada más tenéis que preguntarme ¿entendeis?

—Demasiado, señor.

Aquello equivalia á una despedida: D. Lope se levantó, se despidió del virey y salió de la estancia.

—Por vida mia—esclamó el virey cuando se encontró solo—este es un juego peligroso; lo que me importa es no perder la cabeza, para no perder la partida y triunfar con el que triunfe; ni tengo fuerza para oponerme, ni voluntad para ayudar: Dios dispondrá lo que fuere de su agrado.

Y tocando una campanilla de plata que habia sobre la mesa, hizo llamar á su secretario y comenzó su despacho del dia.